

volviera en sí de su desmayo. Verificólo con una fisonomía radiante de esperanza. « He visto el espíritu de Dios con su caballo de guerra detrás de él, dijo. ¡Aprestábase á pelear con nosotros! Todo el que combatía hoy con valor y muera por las heridas recibidas de frente al enemigo, ganará el paraíso. »

Habiendo oido estas palabras uno de sus guardias que estaba sentado junto á él, comiendo dátiles á la sombra de la cabaña, exclamó : « ¡Cómo! ¡no es necesario para ganar el paraíso mas que morir á manos de esa gente! » Y arrojando los dátiles y sacando el sable, se lanza á la pelea, mata cinco coraitas, y muere contento con la esperanza de alcanzar el prometido paraíso.

Otro se acerca á Mahoma y le pregunta qué acción será mas propia para hacer sonreír á Dios de alegría en el cielo. « La acción de un guerrero, le responde, que se precipita en medio de los enemigos sin mas armadura que su fé. » El soldado tira el escudo, se despoja de la coraza, se lanza y muere.

En fin, espiondo Mahoma el momento en que el primer ardor de los ginetes coraitas se amortigüe contra la inmovilidad de sus soldados, coge un puñado de arena, y arrojándola como una maldición visible hácia el lado de los coraitas : ¡ cargad ahora, musulmanes ! » les gritó.

LVIII

A esta señal, los musulmanes, largo tiempo contenidos, caen como una tempestad sobre las filas ya desordenadas de los idólatras. Unidos los unos con los otros por el entusiasmo y por la disciplina, el empuje de este puñado de hombres abre brecha por todas partes en el confuso tropel de los enemigos. Todos huyen ó caen bajo sus golpes. La llanura se cubre de cadáveres ó de ginetes desmontados. Por uno y otro lado se ve á los vencedores traer á los vencidos desarmados al pié de la colina del profeta. Uno de sus oficiales se indigna contra la compasión que perdona la vida á los infieles. Mahoma lo reprende y manda que se respete á los vencidos.

A cada instante le traen coraitas, muy conocidos por haberlo perseguido. Él los perdona, pero pide con interés noticias del mas irreconciliable de sus enemigos, Abudjal. « Buscadlo en el campo de batalla, dijo á sus guardias, lo conoceréis por la cicatriz de una herida que se hizo en la rodilla, luchando en su juventud conmigo para ganar el asiento de honor en un

festin. Yo lo vencí, y aun lleva la señal de su caída!»

Abdallah parte, recorre el terreno, y reconoce á Abudjal por la cicatriz. Espiraba tendido en la arena á causa de las heridas recibidas. Abdallah le pone el pié en la garganta para acabarlo. «¿Quién vence?» preguntó únicamente el moribundo. — «¿Dios y su profeta!» responde el musulman cortándole la cabeza de un tajo con su cimitarra. Mahoma recibe esta cabeza del anciano y la contempla con feroz satisfaccion. «¿Juras que es la suya?» le dijo á Abdallah. — «Sí, lo juro.» Al oír esto, Mahoma se prosterna y da gracias al cielo por su venganza.

Por su parte el profeta no habia perdido mas que catorce soldados. Los coraitas habian dejado setenta y cuatro cadáveres en el campo de batalla. Mahoma mandó sepultarlos en la cisterna abierta entre los dos campamentos. Sus cuerpos la colmaron.

Uno de los jóvenes creyentes que habian ido de la Meca con Mahoma, conoció el cuerpo de su padre, Otha, entre los muertos, se estremeció de horror con aquel espectáculo sangriento de las guerras religiosas. El profeta lo observó: «La muerte de tu padre te conmueve, dijo al hijo, ¿perderás la fé?—No, respondió el joven, sé que mi padre ha sufrido la muerte reservada á los infieles; pero mi padre era un hombre justo, discreto, piadoso, compasivo, y yo confiaba

en que sus virtudes lo atraerian á nuestra fé. ¡Lloro porque lo veo muerto en la idolatría en que habia nacido!

— ¡Está bien, dijo Mahoma, esa piedad es agradable á Dios, y te honra ante los hombres!»

LIX

Concluida la sepultura, se acercó á la cisterna cubierta de arena, y apostrofando á sus enemigos por sus nombres: «¡Tú, dijo, y tú y tú y tú! nombrándolos á todos, ¡indignos conciudadanos de un profeta! Vosotros me habeis acusado de impostura, ¡pero otros han creído en mi mision! Vosotros me habeis arrojado de mi patria, ¡pero otros me han dado asilo! Vosotros os habeis armado contra mí, ¡pero otros se han armado para defender mi causa! ¿Ha mentido Dios por mi boca cuando os amenacé en su nombre? ¿Ha mentido Dios en las promesas que me ha hecho? ¡Responded!»

Sus soldados se contemplaban admirados. «¡Cómo! profeta, le dijeron, ¿tú diriges la palabra á los muer-

tos? — Sabel, respondió, ¡ que me oyen tan bien como vosotros! »

Entre los prisioneros tenia Mahoma á su tio Abbas, hijo de Abdel-Motaleb, su padre adoptivo. La noche que siguió á la victoria, no podia Mahoma gozar del sueño. « ¿ Qué te impide descansar? le preguntaron. — ¡ El oír á mi tio Abbas quejarse de sus ligaduras! » Acudieron á soltar á Abbas, y el profeta se durmió.

Su vuelta á Medina fué un triunfo. La victoria habia sancionado el don de su inspiracion. El pueblo tenia doble fé. Pero el dolor del padre emponzoñó la alegría del guerrero. Al entrar en Medina le dieron la noticia de la muerte de su hija Rocaya, esposa de Otman. La lloró como hombre y no como Dios. Sus lágrimas no debilitaron su sed de venganza contra algunos prisioneros, enemigos personales suyos.

La humanidad que habia mostrado en el campo de batalla, despues de la victoria, cedió para dar lugar al resentimiento del proscrito, el mas amargo de los resentimientos politicos; y al resentimiento del inspirado contra la incredulidad de su mision, el mas cruel de los resentimientos religiosos. Mandó cortar la cabeza á un coraita que le habia infligido en la Meca el mas agudo de los ultrajes. « ¿ Quién recogerá mis hijos? le preguntó el condenado puesto bajo el hacha. — El fuego del infierno, le respondió Mahoma.

A los hijos de aquella tribu les quedó el sobrenombre de Hijos del fuego.

Hasta entónces Mahoma no se habia reconocido para sí mismo mas derecho que el de predicar al Dios único: desde aquel dia se atribuyó el de castigar en su nombre, y como todos los sectarios llamó enemigos de Dios á los suyos. De profeta se convirtió en exterminador. Sin embargo estos crímenes implacables fueron raros en su vida. « Decia que la naturaleza no habia amasado su corazon con rencores. » El rencor, con efecto no hubiera sido en él ni divino, ni político. En el consejo celebrado en Medina acerca del perdon ó de la muerte de los vencidos, se declaró, contra el voto de sus tenientes, en favor de la indulgencia. Pronto se verá que esta magnanimidad le procuró mas partidarios que la gloria.

LX

Despues de las expediciones militares se apropió la posesion exclusiva y la distribucion de los despojos, á fin de pagar á los que eran á la vez sus pontífices y sus soldados. El pueblo recibia sin contradiccion

sus decretos. Tres poderes absolutos reunidos en su cabeza le permitieron el ser juntamente la conciencia, la ley y la soberanía de los musulmanes.

El rescate de los prisioneros pagado por los coraitas enriqueció su tesoro. A algunos los puso generosamente en libertad.

Su hija Zaynab, habida de Kadidje, su primera esposa, estaba casada en la Meca con un guerrero coraita, idólatra todavía, llamado Abul-As. Abul-As estaba prisionero en Medina. Su mujer Zaynab envió por su rescate un rico collar. Mahoma lloró viendo aquella joya desatada del cuello de su hija. «Toma, dijo á Abul-As, recoge ese collar, tú eres libre, pero á condicion de que me devuelvas mi hija. No conviene que una musulmana sea esposa de un infiel.» Abul-As envió su hija al profeta apenas llegó á la Meca.

Poco tiempo despues, apremiado Abul-As por el deseo de volver á ver su esposa, se introdujo furtivamente en Medina con peligro de su vida, si por acaso era descubierto. Durante la noche vió secretamente á Zaynab, y concertó con ella un atrevido subterfugio para evitar la muerte. Mezclado, sin ser conocido, con la multitud que iba á orar á la mezquita, levantó de repente la voz para reclamar la proteccion de una mujer; Zaynab se levantó á su voz y gritó desde lo

alto de la galería, reservada á las mujeres, que tomaba á aquel extranjero bajo su proteccion. Cubierto así Abul-As por la mano de una hija del profeta, adquirió la inviolabilidad; permaneció impunemente en Medina, y su amor á Zaynab lo convirtió muy luego á la fé de aquella á quien debia la vida.

Pocos dias despues unió Mahoma á su cuarta hija, Fátima, de edad de quince años, con Ali, su discípulo predilecto. Tan pobre como enamorado, Ali se vió en la necesidad de vender su coraza para comprar las joyas, las telas y los perfumes, regalos de boda que pagaban los árabes para comprar á sus prometidas.

LXI

Los poetas y los literatos de la Arabia eran los mas tenaces en conservar las fábulas tradicionales, con que alimentaban la imaginacion del pueblo. Ellos fomentaban la oposicion al profeta, y deploraban enérgicamente la derrota de los coraitas en Beder y la victoria de Mahoma contra los dioses de la patria. Al volver de Siria, tuvo uno de ellos la audacia de ir á

venerar la tumba de los mártires sepultados en el campo de batalla. Hizo subir á su dromedario sobre la cisterna, donde yacian los cadáveres de los vencidos; le cortó las orejas como muestra de dolor, y desde lo alto de aquella fúnebre tribuna cantó una elocuente elegía á la derrota de los dioses. Irritado Mahoma lo hizo perseguir de asilo en asilo hasta que espiró de miseria en el desierto.

Otro poeta ilustre, llamado Caab, llenaba á Medina de sátiras populares contra el profeta y sus secuaces. Sus versos, impíos y licenciosos, inspiraban la incredulidad á los hombres y la infidelidad á las mujeres. Ofendido y escandalizado Mahoma con tal depravacion, exclamó un dia: «¿Quién me librará de ese hombre?» Cinco de sus guardias interpretaron el deseo por una orden, aguardaron al poeta en una calle de Medina, y lo inmolaron para satisfacer la indignacion del profeta. El terror impuso silencio á la opinion. La sangre de sus enemigos era derramada á una señal suya.

Sus expediciones sucesivas, acaudilladas tan pronto por Alí, como por Otman y Abubekre, llenaron á Medina con los despojos preciosos de las caravanas, y sometieron á los árabes del desierto.

Mahoma, sediento siempre de amor, tomó muy luego mayor número de esposas que el prescrito por

su propia ley á los musulmanes. Cuando no fué modelo, fué excepcion en todas las cosas. Sus numerosos matrimonios fueron tambien tratados de alianza entre él y las tribus sujetas á su causa. Aquel año Hafsa, hija de Omar, perdió á su marido Khonais. Omar ofreció la viuda en segundas nupcias á Otman, hijo de Affan: este vacilaba en aceptarla á causa de la altivez de su carácter. Omar se quejó á Mahoma. «Yo la tomo, le dijo su maestro: Otman se casará con una mujer superior á Hafsa, y Hafsa tendrá un marido superior á Otman!» Aun se casó con otra mas, con Zaynab, que se distinguió entre todas sus esposas por su beneficencia y sus limosnas, lo cual le valió el título de madre de los pobres.

LXII

Entretanto, los coraitas de la Meca habian recobrado en un reposo de dos años, la sangre perdida en la derrota de Beder. Levantaron pues un ejército de tres mil hombres, que se acrecentó con los numerosos refuerzos que les procuraron las alianzas celebradas con las tribus errantes, enemigas de Mahoma.

Hasta las mujeres de la Meca se alistaron para vengar á sus padres, á sus esposos, á sus hermanos, muertos en la primera campaña. Aquellas mujeres, á cuya cabeza marchaba una bella é intrépida coraita, llamada Hind, agitaban en sus manos tambores guarnecidos con campanillas de camellos, y cantaban por turno, para animar á los guerreros, himnos marciales, lamentaciones ó cantos de triunfo. Hind, hija de Otba, á quien habia dado muerte Hamza en la batalla de Beder, juraba derramar sangre por sangre, acabando con Hamza, matador de su padre.

Un esclavo negro, llamado Wahchí, que iba con el ejército, habia jurado á Hind que su flecha se teñiría con la sangre de Hamza. Cuantas veces encontraba Hind al esclavo en el mercado, le recordaba su juramento y le prometia su recompensa.

Un monje de blanca barba, apóstata un tiempo de los ídolos, á quienes volvió despues por su inconstante fé, seguía al ejército y lo fanatizaba con su predicacion. Hind llegó en pocos dias al oasis de Medina, plantado de palmeras, y devastó los campos. Mahoma quiso aguardarla detrás de los muros de Medina; pero el ardor de sus musulmanes violentó su resolucion, y consintió por fin en llevarlos al combate, rehusando el auxilio que le ofrecian los judíos, indignados con la violacion de su territorio.

LXIII

Los dos ejércitos se abordaron á poca distancia de la ciudad. El de los coraitas contaba cuatro combatientes por uno. Hind y sus secuaces lo animaban con el ruido de los tambores y los versos de sus poetas; la historia ha conservado su himno de guerra:

« Nosotras somos las hijas de las estrellas de la mañana; ¡nuestros piés se apoyan en cojines mullidos!

« Nuestras gargantas están rodeadas de perlas; nuestros cabellos embalsamados con perfumes:

« Nosotras abrazamos á los valientes que hacen frente al enemigo: ¡á los cobardes que huyen, los repudiamos y les negamos nuestro amor! »

El monje arengó en vano á los soldados de Mahoma para seducirlos, y lanzó su primera flecha. Aunque desigual, el combate fué largo y disputado. Muchas veces atravesaron los ginetes coraitas por en medio de los medineses para apoderarse de Mahoma. Uno de los de Medina, llegó con el sable desenvainado hasta las mujeres de la Meca. Blandió su acero ensan-

grentado sobre la cabeza de Hind y no se dignó he-
rirla porque era mujer.

Dos jóvenes hermanos, coraitas, heridos al mismo
tiempo por Hamza y por Alí, van á reclinar sus ca-
bezas para morir sobre las rodillas de su madre, que
iba con la tropa de Hind.

« ¿ Quién os ha herido, hijos míos? les preguntó su
madre. — Hamza y Alí, respondieron sus hijos. —
Pues bien, juro, dijo ella, ¡ no beber vino, sino en su
cráneo! »

Hamza proseguia sus hazañas, cuando el esclavo
negro, que lo espiaba con el objeto de cumplir su
juramento á Hind, le lanza un dardo mortal que lo
deja tendido en tierra. Al espirar reconoce al negro
vengador de Hind, pero muere sin poder vengarse á
su vez. La bandera que llevaba Hamza es recogida
por una heroína musulmana, llamada Amra. En
torno suyo se agrupan los mas bravos guerreros de
Mahoma.

Pero un grito se levanta: « ¡ Mahoma ha muerto! »
El desaliento cunde por todas las filas. En efecto, es-
trechado Mahoma por nubes de ginetes coraitas, com-
batia heroicamente, montado en un corcel de guerra.
Una trinchera, cubierta de arena por los enemigos,
se lo tragó de repente con su caballo. Sus compañe-
ros lo sacan del foso y lo defienden con sus sables.

Pero una flecha le hiere el rostro; piedras lanzadas
de lo alto de la colina rompen su casco. Una flecha
acerada atraviesa la mano á Abu-Obeydah, al ten-
derla para resguardar al profeta del golpe que le di-
rigen: « ¿ Quién quiere dar su vida por la mia? grita
Mahoma al caer de nuevo agobiado por una multitud
de enemigos. — ¡ Yo! » responden ocho ó diez de sus
discípulos muriendo á sus plantas. El último de ellos,
Dudjanah, cubriendo con su cuerpo á Mahoma, que
estaba tendido en el suelo, recibia en los hombros y
la espalda las flechas y los golpes dirigidos contra
el profeta. Los anillos de la cadena del casco de Ma-
homa, habian penetrado profundamente en sus car-
nes. Abu-Obeydah los arranca con los dientes, y se
rompe sin proferir una exclamacion dos dientes, al
sacar el hierro de la herida. Otro chupaba la sangre
para beber el veneno, si acaso se habia mezclado con
la sangre. « El que mezcla su sangre con la mia, le
dijo el profeta conservando toda su presencia de
ánimo ante la muerte, ¡ no se quemará jamás en el
fuego del infierno! »

Una mujer de Medina que habia seguido á los mu-
sulmanes para darles de beber en medio de la pelea,
cogió un sable y combatió como un héroe por cubrir
á su profeta. La cimitarra de una coraita le hendió el
hombro. Un compañero joven de Mahoma, llamado

Zyad, rodó por la arena, herido de muerte defendiéndolo. Zyad exhalaba así su último aliento á los piés del profeta por quien dió su vida.

LXIV

Tanta abnegacion habia reunido en torno del general á muchos musulmanes con el intento de preservarlo de caer en las manos de sus enemigos y de rechazar á los coraitas. Pero el rumor de su caída del caballo y de su muerte habia cundido en los restos de su ejército y consternaba á sus fieles.

Abubekre, Alí, Omar, Otman, separados de él en la refriega, y agrupados en una eminencia, hablaban con las lágrimas en los ojos de la pérdida de su maestro.

Un jóven medinés, hijo de Nadhir, los apercibe: «¿Qué haceis ahí inmóviles? les grita. — Mahoma no existe, responden. ¿Por quién pelearémos? — Pues si ha muerto, replica el hijo de Nadhir, ¿no es vergonzoso sobrevivirle? ¡venid á morir como él!»

Arrójanse de nuevo á la pelea para unir su sangre

con la del profeta. Lo encuentran vivo, le abren paso á través de la caballería enemiga y se repliegan en el estrecho desfiladero del monte Ohud.

Restañada la sangre de sus heridas, Mahoma vuelve á montar á caballo, se dirige á la embocadura del desfiladero, y mata de un lanzazo al primer coraita que quiere pasar por él. Los musulmanes, reanimados con su presencia y cubiertos con su brazo, se repliegan á los dos flancos de la montaña. El enemigo los insulta sin atreverse á acometerlos. Alí va á traer en el hueco de su escudo agua descubierta en una copa natural de piedra, para lavar la sangre y el polvo que cubren la faz de su segundo padre.

Durante esta tregua, Hind y las mujeres de los coraitas vencedores se diseminan como furias por el campo de batalla para saciar la venganza jurada y ofrecida á los manes de sus padres y de sus maridos. Setenta cadáveres de musulmanes cubrian la tierra: ellas los desundan y los mutilan. La feroz heroína Hind buscaba el cuerpo de Hamza, que habia dado muerte á su padre, y la habia recibido con la flecha del esclavo negro Wahchi. Lo ve, se precipita sobre el cadáver, le abre el costado de un sablazo, le arranca el corazón y lo destroza entre sus dientes. Y quitándose despues de su garganta y de sus piés los collares y ajorcaas que los adornaban, los dió al es-

clavo negro é hizo para ella misma un collar y brazaletes con las orejas de los muertos.

LXV

Despues de estas represalias, Abu-Sofyan, jefe de los coraitas, viendo la inexpugnable posicion ocupada por los musulmanes, reúne sus soldados para volver en triunfo camino de la Meca. Al desfilar bajo los flancos de la montaña, insulta en voz alta á los vencidos. « ¡VICTORIA A LOS IDOLOS! exclama desafiando á Omar y á Abubekre! — ¡Victoria al verdadero Dios, que confundirá á los idólatras! responde el ejército de Mahomá. — ¿Omar, repuso Abu-Sofyan, te exhorto á que me digas si Mahoma ha muerto? — ¡Vive, replicó Omar, y oye tus palabras! »

LXVI

Despues de la retirada de los coraitas, Mahoma bajó á la llanura para llorar y sepultar á los muertos.

El furor se apoderó de su alma al acercarse al cadáver de su tío, mutilado por Hind. « Si no temiera, dijo, afligir á su madre Safya, lo dejaria aquí para testimonio de la impiedad de los idólatras, hasta que hallara sepultura en las entrañas de las águilas; ¡si Dios me concede un dia la victoria, mutilaré treinta para vengar á Hamza! »

No tardó en arrepentirse de aquel movimiento humano de ferocidad y de venganza. « ¡Pero no, dijo reprendiéndose, si es lícito á los musulmanes tratar á sus enemigos como ellos han sido tratados, mas meritorio es soportar sin represalias, y con magnanimidad tales ultrajes sin imitarlos! » Mahoma prohibió profanar á los muertos.

Envolvió en su manto el cuerpo de Hamza, y él mismo hizo los funerales. « ¡O Hamza! exclamó sobre su tumba, ¡jamás he perdido un amigo como tú! » Las mujeres de Medina, que habian acudido para llorar á sus padres, á sus esposos, á sus hijos, querian llevarse sus cuerpos para sepultarlos en Medina: « No, dijo, enterrad á los muertos donde han caido, y no laveis la sangre de sus heridas. ¡Ellos aparecerán con su sangre en el dia de la resurreccion, y sus heridas exhalarán el olor de los aromas! ¡Yo mismo atestiguaré entónces por ellos! » Una de estas mujeres encontró al ejército vencido, que en-

traba en Medina : « ¿Dónde está mi padre? preguntó á los soldados. — Ha muerto, le respondieron. — ¿Y mi marido? — Muerto tambien. — ¿Y mi hijo? — Muerto con ellos, le dijeron. — ¿Y Mahoma? — Hélo ahí vivo, le contestaron los guerreros. — ¡Pues bien, dijo apostrofando al profeta, pues que tú vives, nuestras desgracias no valen nada! »

Tal fanatismo prometia á Mahoma represalias de su derrota. Parecia que su revés le causaba mas tristeza que humillacion. Al pasar por delante de una de las casas de Medina, de las que se oían salir los lamentos de las mujeres que deploraban la pérdida de sus esposos : « ¡Y no hay quién lllore al esforzado Hamza! dijo vertiendo él mismo amargo llanto. »

LXVII

Despues de dos dias consagrados al dolor, llamó á sus fieles musulmanes á las armas por no dejar pesar mucho tiempo sobre ellos el desaliento de una derrota. Salieron con fuerzas mas numerosas en busca del ejército de la Meca, como si hubieran sido ellos los vencedores. Abu-Sofyan no se atrevió á volver

caras para aceptar el combate. Mahoma adquirió así el prestigio de la victoria. Sus expediciones recorrieron libremente el desierto, imponiendo su fé y su alianza á numerosas tribus.

Dejarémos á un lado la lenta pero constante conquista que sometia á su dominacion poco á poco la mitad de los árabes. Esa es mas bien la historia de la conquista que la del hombre. Volvamos al hombre.

La derrota del monte Ohud no habia disminuido su ascendiente profético en Medina. Continuaba publicando uno por uno los preceptos del Coran. Su fama, corriendo con sus leyes de boca en boca por el desierto, atraia á Medina á los scheiks de la Arabia. Conferenciaba con ellos, los deslumbraba con su elocuencia; contraia paz y amistad con sus tribus; en tales casos no imponia su religion, la aconsejaba, dejando á cada uno en libertad para que se convirtiera ó perseverara en las tradiciones de sus padres. Bien sabia, como filósofo y como político, que una vez sembrado el gérmen, se levantaria en aquella arena, y que la religion de la victoria seria mas temprano ó mas tarde la religion de la muchedumbre.

Amenazado con un sitio en Medina por los aliados de los coraitas, fortificó su capital circunvalándola con un foso abierto en la piedra. Para alentar en es-